

## El amor y una lógica posible

Amelia Haydée Imbriano

A modo de epígrafe un comentario:

Cuando me disponía a escribir estas líneas mi mirada encontró en la biblioteca un pequeño libro conformado por una compilación de cartas. De cartas de un novio. De cartas a una novia. De cartas de amor. Nada más ni nada menos que de cartas de Sigmund a Martha.

Allí encontramos a Sigmund, a aquél hombre Freud. Al hombre en Freud. Novio puritano, celoso y pequeño burgués, que prohíbe a su novia que vaya a patinar los domingos y que confiesa que la cosa más hermosa que el mundo puede ofrecernos es el ideal femenino.

Martha, un alguien a quien dirigirse, pero no un alguien cualquiera. En los encabezados de las cartas se dirigirá a ella, la nombrará repetidas veces, sin cansancio alguno, como *“mi dulce Marty, mi amada, mi querido tesoro, mi querida niña, mi dulce princesa, mi preciosa amada, mi amada, mi niña, mi mujer”*. Tampoco cesará de terminar sus cartas diciendo en forma de saludo: *“tuyo, tu fiel, siempre tuyo, tu devoto, te idolatro”*.

Sigmund, un romántico, que escribe a su novia las sensaciones que tuvo al volver a pasear por un lugar en donde habían estado juntos: (apelo a la paciencia de Uds. pero valen unos instantes para encontrar esta imagen de Freud digna de conocerse) *“Aquí o allí habíamos estado juntos día tras día y sintiendo cómo aumentaba nuestro cariño respectivo, allí habíamos comido y bebido cerveza juntos, y finalmente hasta nos habíamos cogido de la mano y yo me había llenado de impaciencia esperando el momento de levantarme y tener nuevamente a mi niña para mí sólo. Allí, yo había sido muy tímido y, por tanto, había besado a mi Marthy pocas veces, pues no comprendía aún del todo lo que se ha convertido ahora en la primera y más natural condición de mi vida: que he ganado para mí, de pronto, a una muchacha única e incomparable... allí estuvimos solos como Adán y Eva... Eva se ataviaba con un vestido marrón, como correspondía... y se tocaba con un sombrero que... Y el Todopoderoso había colocado bajo los altos y hermosos árboles asientos que teníamos a nuestra completa disposición, sin que apareciera por parte alguna un ángel armado con flamígera espada. A mi lado se sentaba, sí, un delicado angelito con ojos color esmeralda y dos dulces labios que, por negarse a permanecer cerrados, tenían que serlo a fuerza de besos...todo resultaba perfectamente bello, pero aún compartiremos cosas más bellas”*.

El amor: dar lo que no se tiene a quien no lo es. Una lógica posible: aún.

Recuerdo a Oscar Massotta en sus lecciones de Introducción al Psicoanálisis. Decía, al respecto de lo que el hombre no quiere saber, que “no hay saber sobre lo sexual, que allí hay que arreglárselas solo”. Allí siempre, infinitamente solo. La relación no existe.

Lacan, en el seminario *Aun* trabaja el tema del amor y el sexo. Comienza diciendo: “mi manera de avanzar estaba constituida por algo que pertenecía al orden de no quiero saber nada de eso”<sup>1</sup>.

No quiero saber nada de eso, déjenme la ilusión, podríamos decir, de que somos dos en uno, de que él o ella es mi media naranja, mi media medalla... Déjenme la ilusión, pero aún... habrá que poder inventarla, habrá que poder inventar el amor.

*“El amor pide amor. Lo pide sin cesar. Lo pide... aún. Aún es el nombre propio de esa falla de donde en el Otro parte la demanda de amor”*<sup>2</sup>.

Ya en los años 57-58 en el seminario *Las formaciones del inconsciente*, nos enseña que el principio de realidad se constituye en esa experiencia primera de la relación madre-niño por cuanto éste entra en el juego significante. “La madre, en el origen de todo análisis del fenómeno intersubjetivo, es en tanto, el primer objeto simbolizado, ausencia o presencia de la madre que se transforman para el sujeto en el signo al que se fijará su propio deseo; pero también al padre, en tanto emergencia del significante, y al niño, en tanto deseado o no. Si son posibles las identificaciones, es en la medida en que algo se estructura para el sujeto en esa relación constituida en el nivel del significante; si puede dar a sus vivencias tal o cual sentido, es en esa relación”<sup>3</sup>.

La primer dialéctica del niño con la madre se instituye a partir de esa simbolización cuya conmovedora ilustración nos ofrece el juego del Fort-Da. Ahora bien, en esta presencia materna simbolizada, la dimensión de la máscara aparece: se la percibe en más de un signo; en esa especie de armazón que inicialmente reconoce el niño en el rostro humano, en esa risa, que sobreviene antes de toda palabra como una primera comunicación y que no basta para definir la satisfacción; las primeras risas se orientan más allá de la satisfacción, más allá de la presencia significada de la

---

<sup>1</sup> Lacan, J. *Aun*. El Seminario XX. Paidós. Bs.As. 1981.

<sup>2</sup> Lacan, J. *Ob. cit.*

<sup>3</sup> Lacan, J. *Las formaciones del Inconsciente*. Nueva Visión. Bs.As. 1970, pág. 99

madre y en tanto ella es capaz de satisfacer. Cuando la demanda llega a buen puerto, más allá de la máscara, para encontrar no la satisfacción sino el mensaje de esa presencia, hay risa, modo de acusar recibo: el sujeto tiene claramente frente a él la fuente de todos los bienes. Por eso podemos encontrar allí las primeras raíces de la identificación. La demanda está ligada a la función identificadora, idealizante, a lo que de significativo hay en el otro: el signo de la presencia del otro llega a dominar las satisfacciones que aporta esa presencia, como si el ser humano en gran parte se contentara con palabras. O también, a falta de la satisfacción inmediata, el sujeto se identifica con aquél que puede acceder a la demanda.<sup>4</sup>

Es en el nivel del Otro, en el lugar en que se manifiesta la castración en el Otro, esto es, en la madre, donde se instituye lo que se llama castración. Es el deseo del Otro lo que es marcado por la barra. Este es el origen del extrañamiento de la mujer y del esfuerzo de procuración del varón. Entonces, disfraz por parada. El no es él mismo en tanto que satisface, puesto que debe dar lo que no tiene a un ser que no lo es, lo que muy bien podría definir el amor.

Al año siguiente, en *El deseo y su interpretación* refiere: "El deseo del sujeto debe ser abordado como margen de lo que hace surgir la demanda en tanto ella modifica la necesidad. Pero ahora bien, la demanda deja perfilar, más allá de toda satisfacción, la presencia del Otro y el amor como don de esa presencia"<sup>5</sup>

El deseo del hombre es el deseo del Otro, y el amor, aunque se trate de una pasión que puede ser la ignorancia del deseo, no por ello es capaz de privarlo de su alcance<sup>6</sup>.

Al respecto, es imposible decir amén, terminado, así sea. Sigue siendo una pregunta, quizás, pregunta que es condición estructural del sujeto. Pregunta que no tiene respuesta a condición de la división fundamental del sujeto, de la disyunción entre verdad y saber.

El análisis revela que el amor en su esencia es narcisista y denuncia que el pretendido objeto de amor es lo que en el deseo es resto, es decir, su causa y el sostén de su insatisfacción y hasta de su imposibilidad.

---

<sup>4</sup> Lacan, J. Ob. cit., pág. 111.

<sup>5</sup> Lacan, J. *El deseo y su interpretación*. Nueva Visión. Bs.As. 1970, pág. 133.

<sup>6</sup> Lacan, J. *El seminario XX*. Ob. cit.

*El amor es siempre impotente*, aunque sea recíproco, porque no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos conduce a la imposibilidad de establecer la relación de ellos, los dos sexos. El goce sexual está marcado, dominado, por la imposibilidad de establecer la relación de ellos, los dos sexos. El goce sexual está marcado, dominado, por la imposibilidad de establecer el Uno de la relación-proporción sexual. Nos preguntamos: Histeria y obsesión, ¿son nombres que damos a diferentes modos de construir el amor?. Hacer el amor, es un intento de hacerse Uno?. Encuentro siempre fallido.

El goce del Otro, del cuerpo del otro que lo simboliza, no es signo de amor<sup>7</sup>. Entonces, de dónde parte lo que es capaz de responder con el goce del cuerpo del Otro?. Lacan lo llama el “*amuro*”, denominando así lo que aparece en señales extrañas sobre el cuerpo. Que sea sexuado, es, secundario, porque lo que hay debajo de la vestimenta-sexo, no es más que el cuerpo, no es más que ese resto que se llama objeto pequeño *a*. El ser sexuado de la mujer no-toda no pasa por el cuerpo si no por lo que se desprende de una exigencia en la palabra. El lenguaje está fuera de los cuerpos.

*El hombre, una mujer, no son más que significantes*. Del decir toman su función.

*Pero... aún.*

*El amor apunta al ser*, o sea, a lo que en el lenguaje es más equívoco: el ser que poco a poco iba a ser, o el ser que, por ser, justamente, sorprende. Lacan señala que este ser está muy cerca del significante –“*meser*”-, “*ser-me*”. Esta articulación se hace, ya sea en un supuesto más acá o más allá, hagamos lo que hagamos. Y, aún, siempre se queda corta. Acaso, ¿no es verdad que el lenguaje nos impone el ser y nos obliga a admitir que del ser nunca tenemos nada?

Hay que habituarse a sustituir el ser por el *para-ser*, el ser de al lado. Lo que suple a la relación sexual en cuanto que inexistente hay que articularlo según el *para-ser*. Y, es evidente, (aún, o peor, se lo imploro, se lo empeoro, al decir lacaniano) que en todo lo que se aproxima a esta relación, el lenguaje solo se manifiesta por su insuficiencia. Lo que suple la relación sexual es precisamente el amor.

---

<sup>7</sup> Lacan, J. El seminario XX. Ob. cit.

Uno de los efectos del lenguaje es el de llevar a la gente a reproducirse aún más, aún en cuerpo a cuerpo, aún en cuerpo encarnado. Pero, sin embargo, aún..., *la carta de amor, de 'almor'*.

El lenguaje también se postula como aparato del goce. Neruda escribe versos. Pero no él solamente. Todos los enamorados hacen el verso. Son maneras de darle vueltas a la relación sexual que no hay, son maneras de dar vueltas a ese 'fallar' del objeto (condición para ser tal). La otra satisfacción: la satisfacción de la palabra. Otra satisfacción que responde al goce que 'justo' hacía falta, 'justo' para que eso suceda entre el hombre y una mujer. Es decir, la satisfacción que responde al goce fálico, este algo logrado 'justito', por poco. Y así, no hablamos más que de las consecuencias de que el hombre es un ser parlante, un ser complicado por la economía. Economía que surge de la no relación sexual que intenta incesantemente de suplirse. Y, el inconsciente es un lugar de contabilidad, cont-abilidad<sup>8</sup>, un lugar en donde se producen los giros del discurso, conformando un metabolismo del goce, un metabolismo de lo que no cesa de no inscribirse. Y de ello son parte los esfuerzos del amor cortés: manera muy refinada de suplir la ausencia de la relación sexual fingiendo que somos nosotros los que la obstaculizamos: "es verdaderamente lo más formidable que se haya inventado"<sup>9</sup>.

*Pero, aún...*, somos juguetes del goce, en el sentido de la razón de ser de la significancia en el goce, en donde el cuerpo es la mesa de juego.

*Pero, aún...*, allí cuando el hombre cree abordar a una mujer, solo aborda la causa de su deseo, ese objeto pequeño *a*. Entonces, el acto de amor en poesía. (Invención).

Y, al fin, ese abismo entre poesía y acto, y ello, en el ser que habla: producción del ser de la significancia y como ese ser no tiene más lugar que el Gran Otro, sólo hay una pareja siempre en desencuentro, en estrabismo: Gran Otro (A) y objeto pequeño *a*. Así el amor es una experiencia que responde a la lógica del no-todo, de 'lo que está en lugar de', que escribe lo no reducible al significante como tal y que tiene por condición fundamental la castración. Por esta razón, la conjunción del sujeto en tanto que tachado y el objeto en tanto que pequeño *a*, no es más que fantasma, eso en donde está cautivo el sujeto.

---

<sup>8</sup> Lacan, J. Radiofonía. Anagrama. Bs.As. 1976.

<sup>9</sup> Lacan, J. El seminario XX. Ob. cit.

Lo extraño es, que en esa tosca polaridad, el sujeto toma al otro por su alma, se anima, -se *alma*-. “Sin embargo. no está claro por qué el hecho de tener un alma -si fuese verdad- habría de ser un escándalo para el pensamiento. Si fuese verdad, solo podría llamarse alma lo que permite a un ser que habla soportar lo intolerable de su mundo, lo fantasmático. Se puede, entonces, cuestionar la existencia del alma, y sería el término propio para preguntarse si no será un efecto de amor. “Mientras el alma alme al alma, no hay sexo en el asunto”. Esto deja manifiesto el fuera-de-sexo y el ser que habla aún pierde el tiempo hablando: ser que es en pura pérdida.

Y, el hombre pierde el tiempo hablando y hablando para uno de los oficios más cortos (el coito).

Y, la mujer sólo puede amar en el hombre el modo que tiene de encarar al saber con que alma.

Pero para el saber en cuestión aquí, la pregunta parte de que hay algo, *el goce*, y de que la mujer puede decir solo algo de él: puede decir lo que de él sabe, que lo siente, (Un goce más allá del falo).

La cuestión del amor se liga así a la del *saber*, y sirve para hacer hablar al ser que habla, para hacer hablar a aquél infans suspendido del pezón. Afortunadamente es el goce sustitutivo inicial, en la enunciación freudiana; el deseo evocado de una metonimia que se inscribe en una demanda supuesta, dirigida al Otro, a ese núcleo –*Ding-*, la Cosa Freudiana, el prójimo mismo, que Freud rehusa amar más allá de ciertos límites.

*El amor se liga al saber y su ejercicio representa un goce. ¿Qué puede producirse de saber?. El saber es un *enigma*, que es presentificado por el inconsciente tal como se revela en el discurso analítico. Para el ser que habla, el saber es lo que se articula. El inconsciente es testimonio de un saber en tanto que en gran parte escapa al ser que habla.*

Lo que revela el discurso analítico es la dinámica de la transferencia, es que el saber, que es una cohabitación específica al ser parlante, tiene la mayor relación con el amor.

Freud nos propone la dinámica de la transferencia como la posibilidad de vislumbrar algo de la dinámica del inconsciente. También habla del amor de transferencia, dice: “es verdadero”.

*La experiencia analítica* muestra que la transferencia es motivada, por el sujeto supuesto de saber y que la relación que no hay siempre está puntuada por signos

enigmáticos de la forma cómo el ser es afectado en tanto sujeto del saber inconsciente. "El inconsciente, lo vemos, no es más que un término metafórico para designar el saber que no se sostiene más que presentándose como imposible, para que así se confirme por ser real (entiéndase discurso real)"<sup>10</sup>. Acaso, ¿no se pone allí a prueba el amor?. ¿No es, acaso, con el enfrentamiento a este impase, a esta imposibilidad con la que se define lo real, como se pone a prueba el amor?

En *Aún*, aún dirá su autor: "de la pareja, el amor sólo puede realizar lo que llamé "Valentía ante fatal destino"<sup>11</sup>. Pero, se tratará de valentía, o de los caminos de un posible reconocimiento?, de una posible relación (entiéndase puesta en realidad)?. Reconocimiento que no es otra cosa que la manera en cómo la relación llamada sexual cesa de no inscribirse. Contingencia del ser pues allí no hay más que encuentro, en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo en cuanto en cada quien marca la huella de su auxilio, como hablante, de su exilio de la relación sexual.

Quiere decir esto que sólo por el efecto que resulta de esa hiancia (la no relación sexual) se encuentra algo, que puede variar infinitamente, pero que, un instante, da la ilusión de que la relación sexual cesa de no inscribirse, ilusión de que algo se articula y se inscribe, se inscribe en el destino de cada uno durante un tiempo, tiempo de suspensión, punto del que se ata todo amor.

Así todo amor subsiste entre el cesa y no cesa de no inscribirse. Costos y costas por abordar al ser como tal. Abordar al inconsciente ¿no estriba en ello el mayor amor?

*Así, aún, el destino y el drama del amor.*

Buenos Aires, Enero 1990

---

<sup>10</sup> Lacan, J. Radiofonía. Ob. cit.

<sup>11</sup> Lacan, J. El seminario XX. Ob. cit.